ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA MUJER CELOSA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESCRITA EN ALEMAN POR KOTZBUE

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON GERARDO DE LA PUENTE.

MADRID. 20
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1875.

ADICION

AL CATÁLOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1873.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Pr cor
		COMEDIAS Y DRAMAS.	
Á buen rey mejor alcalde	1	Pedro Escamilla	T
Á caza de un título	1	Guillermo Perrin	
Aguilera y Aguilar	1	Pedro Escamilla	
Cuestion de temperamento	1	Pelayo del Castillo	
El loro de mi mujer	1	Pedro Escamilla	
El sastre del Campillo	1	Eduardo Palacio	
El sobrestante	1	Eduardo Palacio	
El pio de Cármen	1	Villegas	
La caza del pollo	1	Serafin Mata	
La capa rota	1	Segarra	
La gran política y la menuda	1	M. Sanchez Escandon	
La mujer celosa	1	Gerardo de la Puente	
La piedra de redencion	1	Eduardo Montesinos	
La tapada	1	Manuel Cascarosa	
Lazos de amor y amistad	1	Eduardo Bustillo	
Martinillo el de la capa de grana	1	Francisco de P. Rivas	
Os presento á mi mujer	1	Infante Palacios y García Vivanco	
Por un agujero	1	Lustonó	
Por un cigarro	1	Miguel Pastorfido	
Por un paraguas	1	N. N.	
Un año despues. (Segunda parte de El que nace para ochavo...)	1	Pelayo del Castillo	
Un dia de azares	1	Cárlos Calvacho	
Un secreto de Estado	1	Pelayo del Castillo	
Un sordao cumplío	1	Darío Céspedes	
Una ganga	1	Eduardo Cortés	
Las medias naranjas	2	Ramos Carrion y Campo-Arana	
El matrimonio y la ley	3	J. G. Ballesteros	
La huérfana de Ginebra	3	Pedro Escamilla	
La urraca ladrona	3	Pedro Escamilla	
La verdad y la mentira (*Mágia.*)	3	Pedro Escamilla	
La vida del hombre malo	3	Pedro Escamilla	
Hipócrita y Rey	3	M. Sanchez Escandon	
Las consecuencias del juego	3	Pedro Escamilla	
Madrid en el Dos de Mayo	3	Pedro Escamilla	
Rey sin corona	3	J. Alvarez Sierra	
La mujer propia	4	Cárlos Coello	

LA MUJER CELOSA.

LA MUJER CELOSA,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESCRITA EN ALEMAN POR KOTZBUE

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON GERARDO DE LA PUENTE.

Representada con gran aplauso en el Teatro del Circo el dia 17 de Abril de 1873, á beneficio de la Sra. Doña Matilde Diez.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA SOFÍA...................	SRAS. DIEZ.
ENRIQUETA....................	LOMBIA.
DON FÉLIX....................	SRES. CATALINA.
DON PEDRO....................	ROMEA (D. Florencio).
FÉLIX........................	ROMEA (D. Julian).
DON FERNANDO.................	FERNANDEZ.
PERICO.......................	MARTINEZ.
JUAN.........................	LOPEZ.

La accion tiene lugar en una capital de provincia y en la época actual.

A LA EMINENTE ACTRIZ

DOÑA MATILDE DIEZ.

Permítame V. que la dedique mi humilde trabajo en testimonio de admiracion y reconocimiento.

Gerardo de la Puente.

Boston: 27 de Mayo de 1873.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala decentemente amueblada, con una puerta en el fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA y D. FÉLIX.

SOFIA. (Saliendo por la izquierda seguida de D. Félix. Trae una carta en la mano.) Es usted un monstruo!

D. FELIX. Querida Sofía...

SOFIA. Calle usted! Usted no me quiere ni me ha querido nunca!

D. FELIX. Pues entónces, ¿por qué me he casado contigo?

SOFIA. Porque yo era una muchacha honrada y no hubiese usted podido hacerme olvidar mis deberes como á esta. (Señalando la carta.)

D. FELIX. ¿Esa?...

SOFIA. Sí, haga usted ahora como si no supiese de qué se trata.

D. FELIX. Pero mujer, cómo lo he de saber? Traen una carta para mí, te apoderas de ella, me mandas llamar y te encuentro fuera de tí. Yo no sé la causa y tú no me la dices... ¿qué he de hacer? Quizás esa carta pudiera darme la explicacion...

SOFIA. Parece mentira que un hombre á quien todo el mundo respeta y considera como un modelo de honradez, sea capaz de tanta perfidia é impudencia cuando se trata de engañar á su mujer! Oh! Pero ahora he cogido esta carta y sé ya en quién puedo vengar mi afrenta.

D. FELIX. Pero yo no sé nada, y si no me lo dices pronto, acabaré por marcharme.

SOFIA. ¡Eso más?... ¿Va usted á abandonarme en tan tristes momentos?

D. FELIX. Sí, porque tu prudencia te abandona! Tan pronto como ella vuelva volveré yo tambien.

SOFIA. ¡Ay, pobre de mí! ¿Qué va á ser de mí! El ataque! El ataque!... Socorro! (Cae en un sillon.)

D. FELIX. (Pobrecilla! Si me marcho se desmaya. Vaya, me quedaré...) Sofía, querida Sofía!... Tranquilízate.

SOFIA. No puedo más! Yo me muero! (Deja caer la carta.)

D. FELIX. (Recoge la carta.) Veamos qué dice la carta... (Leyendo el sobre.) «Al señor don Félix Montalban.»—Pues hija, lo que es la letra es de hombre. No conozco ninguna hija de Eva que tenga pulso tan firme.

SOFIA. Aún se burla usted, cruel?

D. FELIX. Dios me libre! (Lee.) «Hija fugada... seducida por us»ted... infamia... satisfaccion... venganza... cólera de »un padre... Fernando del Cueto.»

SOFIA. (Levantándose.) ¡Qué dice usted ahora? (Con ironía.) ¿Qué dice usted ahora? (Con violencia.) ¿Qué dice usted ahora?

D. FELIX. (Reflexionando.) Esto es grave.

SOFIA. ¿Negará usted ahora que le he cogido *infraganti*?

D. FELIX. ¡Habráse visto calavera! Y yo, como tutor suyo, tengo que arreglar esto lo mejor que pueda. ¡En buen enredo nos ha metido!

SOFIA. ¡Jesús, qué hombre! Ahora quiere hacerme creer que ha sido su sobrino.

D. FELIX. Pero mujer! ¿cómo puedes creer que yo...

SOFIA. Sí señor que lo creo! ¿Aún le parecen á usted pequeñas las pruebas? No, no quedará usted sin castigo. Voy á mandar imprimir esta carta (Se la arrebata.) en los

periódicos de por la mañana, en los de por la tarde, en todos, hasta en el *Boletin Oficial*, para que la sociedad sepa quién es usted!... (Entra por la izquierda.)

ESCENA II.

D. FÉLIX solo.

Esto es atroz! Una mujer tan buena, tan digna de ser amada... y sin embargo tan inaguantable! Es una flor sobre la que se ha posado una avispa.—Pero ¿quién lo hubiera creido de mi sobrino?

ESCENA III.

D. FÉLIX, D. PEDRO, FÉLIX MONTALBAN, por el foro.

FELIX. Buenos dias, tio. (Pausa. D. Félix mira con severidad á su sobrino.)

D. FELIX. ¡Buenos dias!

PEDRO. ¿Qué te pasa? ¿De qué proviene tu mal humor?

D. FELIX. Proviene de que este caballerito quiere aumentar con los disgustos que me da, los muchos sinsabores que ya tengo.

FELIX. ¿Yo, querido tio?

D. FELIX. Tú mismo, y es preciso que cuanto ántes trates de remediar el mal que has hecho.

FELIX. ¿De qué habla usted?

D. FELIX. Del honor de una familia, que acabas de mancillar.

FELIX. Cada vez entiendo ménos.

D. FELIX. Es necesaria una reparacion.

FELIX. ¿De qué?

PEDRO. Pero hombre, explícate con claridad.

D. FELIX. ¿Dónde está la señorita del Cueto?

FELIX. ¿Enriqueta?

D. FELIX. ¿Me negarás que la has robado de casa de sus padres?

FELIX. ¿Yo robar á Enriqueta?

D. FELIX. Una carta de su padre, que me ha tomado por tí, me lo ha descubierto.

FELIX. ¿Dónde está esa carta?

PEDRO. Ahora lo comprendo todo. Tu mujer...

D. FELIX. Sí.

FELIX. Deme usted esa carta, tio, démela usted.

D. FELIX. Si ese tono fuera sincero... Si pudieras probarme tu inocencia!...

FELIX. Dispénseme usted. Todo lo probaré, todo, pero más tarde. Ahora deme usted la carta.

D. FELIX. Tu tia la tiene.

FELIX. Pues corro á buscarla. (Entra por la izquierda.)

ESCENA IV.

D. FÉLIX, D. PEDRO.

PEDRO. ¿Ha sido efectivamente nuestro sobrino el que ha seducido esa señorita?

D. FELIX. Creo que sí; pero en realidad no lo sé. De todos modos me alegro de que haya venido para que disipe las sospechas de mi mujer.

PEDRO. Pues qué, ¿te ha vuelto á sorprender en el acto de asomarte al balcon cuando pasaba por casualidad alguna muchacha bonita por la calle, ó le has mandado traer á la doncella un vaso de agua y...

D. FELIX. Malditos celos!

PEDRO. Hombre, eso es la felicidad doméstica. Dicen que no hay amor sin celos.

D. FELIX. Dí más bien que no hay amor sin debilidad. Soy demasiado débil, Pedro.

PEDRO. Ahí está el busilis, querido hermano. Tu mujer no tendría igual si tú supieras manejarla.

D. FELIX. Dispénsame que te diga, que tú no tienes voto en este asunto. Eres un solteron, y toda la experiencia que puedes tener en la cuestion, la has adquirido sabe Dios cómo y sabe Dios dónde. Si tuvieras mujer y la quisieras...

PEDRO. No me dejaría dominar como uno que yo conozco.

D. FELIX. Si no hiciese más que encolerizarse... pero despues de

la cólera vienen las lágrimas, despues los ataques de nervios... Ya ves... Esto puede tener graves consecuencias... quizá una enfermedad...

PEDRO. Ataques de nervios... já, já, já. No te preocupes de eso. Le han dado alguna vez cuando estaba sola en su cuarto? Eso es fingido!

D. FELIX. No la conoces bien.

PEDRO. Haz la prueba.

D. FELIX. Sí que la haré.

PEDRO. Bien, hombre, alarga esos cinco.

D. FELIX. ¿Dónde almuerzas hoy?

PEDRO. En la fonda de Europa. Tienen ostras frescas.

D. FELIX. ¿Ostras? tanto mejor. No quiero estar metido en mi concha como las ostras. Voy á mandar enganchar; almorzaremos juntos y despues daremos un paseo.

PEDRO. Bien, hombre, bien.

D. FELIX. Ya verás!

PEDRO. Hasta ahora no he visto nada.

D. FELIX. Qué, ¿dudas aún? Espera. Juan! (El Criado sale por el foro.) Dile al cochero que enganche en seguida. Hoy no almuerzo en casa.

JUAN. ¿Que enganche, señorito?

D. FELIX. Sí.

JUAN. ¿Va usted á salir, señorito?

D. FELIX. Sí, ¿qué se ofrece? ¿Por qué me miras así?

JUAN. Nada, sino que... pensaba que... La señorita...

D. FELIX. Tunante! cómo se entiende! Haz lo que te mando!!

JUAN. (Marchándose.) (Buena se prepara!)

D. FELIX. Verás como yo tambien tengo voluntad.

PEDBO. Así te quiero ver.

D. FELIX. Voy á ser duro como una roca.

PEDRO. Perfectamente.

D. FELIX. Inflexible, de acero.

PEDRO. ¡Magnífico!

D. FELIX. Verás cómo...—¿Sabes lo que se me ocurre? Ahora que Sofía está hablando con mi sobrino, puedo coger mi sombrero sin que lo note.

PEDRO. Bonito principio! Deberías avergonzarte de esa idea. Debes pasar con el sombrero en la mano, por delante de ella, y si te pregunta «¿dónde vas?» responder: «No almuerzo hoy en casa.»—Y sin más explicaciones, salirte.

D. FELIX. No, hombre, no, eso ya sería demasiado. Despues de almorzar tomaremos una copita de rom... y verás cuando vuelva cómo la respondo; pero ahora...

PEDRO. Ah valiente! Te repito que...

D. FELIX. Deja, yo sé lo que me hago. (Entra por la izquierda.)

ESCENA V.

D. PEDRO, solo.

Lo que tú harás será echarlo á perder si yo te dejo de la mano...

ESCENA VI.

D. PEDRO, FÉLIX por la izquierda.

FELIX. Ah! Querido tio!

PEDRO. ¿Qué te pasa, muchacho?

FELIX. Soy el hombre más desgraciado de la tierra.

PEDRO. ¿Tienes tú tambien una mujer celosa?

FELIX. Enriqueta se ha escapado.

PEDRO. ¿Y tú ignoras dónde está?

FELIX. Se lo juro á usted por mi honor.

PEDRO. ¿Entónces se ha escapado con otro?

FELIX. Eso no. Se ha escapado de casa de su padre porque a querían obligar á casarse con don Anselmo Machaca.

PEDRO. ¿Con aquel viejo tartamudo que estaba en los baños curándose la gota?

FELIX. Es muy rico y es amigo de la infancia del padre de Enriqueta... Voy á buscarla y no he de parar hasta que la encuentre. (Sale.)

PEDRO. Como si no hubiera de parecer aunque no la buscáran!

ESCENA VII.

D. PEDRO, D. FÉLIX, por la izquierda.

D. FELIX. He cogido el sombrero sin que ella lo haya notado. —Vámonos pronto. ¿Está ya el coche?

PEDRO. ¿Qué prisa tienes, hombre?

D. FELIX. Podría venir mi mujer. Vámonos, vámonos!

SOFIA. (Desde dentro.) ¿Enganchar? Almorzar fuera? ¿Cómo se entiende? ¿Dónde está el señorito?

D. FELIX. Verás cómo lo arreglo. No te dé cuidado.

PEDRO. Ánimo y no cejes.

ESCENA VIII.

D. FÉLIX, D. PEDRO, DOÑA SOFÍA, por la izquierda.

SOFIA. Acabo de saber que usted se marcha. ¿Por qué no quiere usted almorzar en casa?

D. FELIX. Tranquilízate, Sofía. Tengo que hablar de negocios con mi hermano...

SOFIA. ¿Y son negocios que yo debo ignorar, eh? Bonitos negocios serán ellos! (Á D. Pedro.) Buenos dias, señor cuñado. Siempre es á usted á quien tengo que agradecer semejantes desazones.

PEDRO. Nada tiene de particular que un hombre almuerce alguna vez fuera de su casa.

SOFIA. Eso es lo que usted no sabe.

PEDRO. Están ustedes todo el dia juntos, y no sabiendo qué decirse, tienen ustedes esas pequeñas disensiones. Ya verá usted de qué buen humor vuelve Félix despues de dar una vuelta.

SOFIA. Usted puede hacer todo lo que guste. Su patrona tiene que decir á todo amén; pero yo no soy una patrona...

D. FELIX. Hija mia, no eches la culpa á mi hermano, porque no la tiene. Yo he sido quien ha propuesto que fuéramos juntos á la fonda.

SOFIA. Tanto peor.

D. FELIX. Volveré muy pronto, no te dé cuidado.
SOFIA. ¿Tiene usted absoluta precision de salir?
D. FELIX. No; pero quiero y basta.
SOFIA. ¿Para ir á buscar á la de la carta, eh?—Ay! qué desgraciada soy! (Llora.)
D. FELIX. Vaya, me quedaré. ¿Estás ahora contenta?
PEDRO. (Bajo.) (No cedas, hombre! Tente firme!
D. FELIX. (Id.) Ha padecido ya mucho esta mañana la pobre!
PEDRO. Vente conmigo ó todo se ha perdido.
D. FELIX. Ya ves que está llorando.) Tranquilízate, pichona.
PEDRO. (¿Duro como una roca, eh? já! já! já!)
D. FELIX. Me quedaré y almorzaré contigo
PEDRO. (Inflexible, de acero. Já! já! já!)
SOFIA. (Sollozando.) El almuerzo está en la mesa.
D. FELIX. Pues... entónces... no lo dejemos enfriar.
SOFIA. (Á D. Pedro, con sequedad.) ¿Quiere usted almorzar con nosotros?
PEDRO. Muchas gracias. Que aproveche.
SOFIA. Estoy tan débil, tan conmovida.
D. FELIX. Pues toma el brazo, pichona. Otra vez hablaremos Pedro... otro dia. (Ambos salen del brazo por la derecha.)
PEDRO. Me parece que el pobre ya no tiene cura.

ESCENA IX.

D PEDRO, D. FERNANDO DEL CUETO, por el foro.

FERN. Servidor de usted.
PEDRO. ¿Con quién tengo el honor de hablar?
FERN. Yo soy don Fernando del Cueto. ¿Y usted?
PEDRO. Yo don Pedro Montalban.
FERN. ¿Es usted pariente del amo de esta casa?
PEDRO. Soy hermano suyo.
FERN. Tanto mejor. Así podrá usted servirle de padrino.
PEDRO. ¿De padrino? ¿Por qué?
FERN. Porque se tiene que batir conmigo.
PEDRO. ¿Pues qué ha pasado? ¿Qué ha hecho mi hermano?
FERN. Me ha robado mi única hija.

PEDRO. Me parece que usted se equivoca.

FERN. Yo no me equivoco nunca!—El año anterior envié mi hija aquí para que pasára el Carnaval en compañía de mi hermana mayor, y la muchacha aprendió más cosas malas en seis semanas que vivió aquí, que en los diez y seis años que vivió en mi casa.

PEDRO. Sí, los primeros diez y seis años siempre son ménos peligrosos que los segundos.

FERN. Aquí conoció á su hermano de usted, á quien Dios confunda, que le ha estado escribiendo cartas desde entónces, y que la ha robado finalmente.

PEDRO. ¿Cómo sabe usted qne es mi hermano?

FERN. ¿Pues quién habia de ser si nó? En su pupitre, que he abierto esta mañana, no encontré más cartas amorosas que las del señor Montalban, ó como él firma siempre: —«tu Félix»—¿Tu Félix, eh? Ya le enseñaré yo á escribir cartitas!

PEDRO. ¿Dicen las cartas algo de rapto?

FERN. No dicen nada; pero más querría yo que hubiesen dicho mucho y que mi hija estuviese todavía en casa.

PEDRO. ¿Y no se podría haber escapado sola esa señorita... desesperada, por ejemplo?

FERN. Desesperada... Caballero! Tambien usted se batirá conmigo. ¿Por qué había de desesperarse mi hija en casa de su padre?

PEDRO. Aquí se dice que la quería usted obligar á casarse con don Anselmo Machaca.

FERN. Pues por lo mismo que la preparaba esa felicidad, no comprendo que se haya escapado.

PEDRO. Si llama usted felicidad al casarse con el señor Machaca... Un carcamal...

FERN. Ya comprendo lo que usted quiere decir. Un poco de gota, un poco de asma y un poco de mal de piedra, eh?

PEDRO. Sí, vamos, y necesita una enfermera que le cuide.

FERN. ¿Mi Enriqueta enfermera?

PEDRO. Pues ¿de qué otra cosa le podrá servir al señor Ma-

chaca?

FERN. ¿No ha oido usted hablar de ese médico francés que hay en Madrid que cura cualquier enfermedad, por rebelde que sea, en tres dias?

PEDRO. ¿Monsieur Mentiry de la Sacadiniére?...—¡Ya lo creo!...

FERN. ¿No sabe usted que cada dia se le presentan más de mil enfermos?

PEDRO. Así lo dice al ménos la *Correspondencia*.

FERN. ¿Y que todos se curan?

PEDRO. Tambien eso lo dice la *Competente*; pero...

FERN. ¿Y que todos vuelven á sus casas sanos y contentos?

PEDRO. ¿Se cuenta entre esos don Anselmo Machaca?

FERN. Se contará. Á estas fechas debe estar ya bueno. Hace ocho dias que se hizo llevar en unas angarillas desde el pueblo hasta la estacion próxima, porque no podía mover pie ni pierna, y hoy le espero aquí. He dejado dicho que en cuanto llegue al pueblo se monte en mi mejor caballo y se venga á escape, porque quiero que se case hoy mismo.

PEDRO. Con tal que pueda...

FERN. ¿Quién lo duda? Hace treinta años, era el mejor ginete de la provincia, y estoy seguro de que no se le ha olvidado.

PEDRO. Pero en el caso de que no pueda...

FERN. ¡Vive Dios! ¿No le digo á usted que sí podrá?

PEDRO. ¿Pero en el caso de que no pueda?

FERN. Si no puede, si no puede! Claro que si vuelve como se fué, no le doy mi hija.

PEDRO. Pues si la hubiera usted dado esa explicacion á su hija, de seguro que no se habría escapado.

FERN. Mi hija cree todo lo que creo yo. Sabía que hoy llegaría el novio y que hoy se casaría, y si no fuera por su maldito hermano de usted, estaría la pobrecilla probándose ahora el traje de novia. Pero no importa, pese á quien pese, hoy ha de ser la boda.

PEDRO. ¿Sin novio?

FERN. Vendrá á escape.

PEDRO. ¿Y sin novia?

FERN. La encontraré. Espere usted á que hable cuatro palabras con su hermano de usted y verá. En el bolsillo traigo las pistolas cargadas. Cuestion de cinco minutos.

PEDRO. ¿Pero qué pruebas tiene usted de que ha sido mi hermano?

FERN. ¿No se llama Félix?

PEDRO. Sí; pero...

FERN. Pues entónces es el mismo.—«¡Tu Félix!»

PEDRO. ¿Pero qué sabe usted si hay en nuestra familia otro Félix?

FERN. Lo mismo me da. Al primer Félix que encuentre le pego un tiro.

PEDRO. Debo advertir á usted que mi hermano es un hombre casado...

FERN. ¡Casado! ¡Esto más! ¡Rayos y truenos! ¿Dónde está ese monstruo?

PEDRO. (Hablando consigo mismo.) (Es necesario evitar á toda costa que se vean...)

FERN. Si usted no quiere decirme dónde está su hermano, yo sabré encontrarle. (Quiere entrar por una de las puertas laterales.)

PEDRO. Tenga usted un poco de calma. Mi cuñada está enferma y mi hermano está fuera de casa.

FERN. Pues me sentaré y le esperaré hasta que vuelva. (Se sienta.)

PEDRO. No acostumbra á volver hasta media noche.

FERN. Esperaré aunque sea hasta mañana.

PEDRO. Se le podría mandar un recado diciéndole que viniera.

FERN. Pues mándele usted.

PEDRO. Mientras tanto... son más de las doce... tengo ya bastante apetito.

FERN. Eso no importa, tambien yo tengo apetito y sed. Como que he hecho cinco leguas á caballo esta mañana; pero me aguanto.

PEDRO. Pues entónces véngase usted conmigo á la fonda de

Europa y almorzaremos juntos.

FERN. ¿Y su hermano de usted?

PEDRO. Le avisarán mientras almorzamos.

FERN. ¿Me da usted su palabra?

PEDRO. La doy, y despues de almorzar...

FERN. ¿Me batiré con su hermano, eh?

PEDRO. Si no ha cambiado usted de opinion.

FERN. ¿Yo cambiar de opinion? Bien se ve que no me conoce usted. Vaya, démonos prisa, porque quiero almorzar pronto para batirme en seguida. (Salen por el foro.)

ESCENA X.

DOÑA SOFÍA, por la derecha.

Parece que hablaban aquí. Serían los criados... ¡Mi marido ha estado tan amable durante el almuerzo!... ¡tan atento! Pero esto mismo es una prueba de que se reconoce culpable. Por más que su sobrino diga que es su novia .. Claro, no hace más que repetir la leccion que le ha enseñado su tio... (Colérica.) ¡Me tienen por tonta... y lo soy, porque no me doy maña para probarle su perfidia! Dicen que todas las mujeres sabemos disimular. ¿Por qué no he de valerme de nuestras armas naturales? Sí, eso es; voy á mostrarme tal, que crea disipadas mis sospechas, y cuando más descuidado esté, le descubro y... Ahora viene... Principiemos.

ESCENA XI.

DOÑA SOFÍA, D. FÉLIX, por la derecha.

D. FELIX. ¿Por qué te has levantado tan pronto de la mesa? Aún no habian traido los postres cuando tú ya te habías marchado. (Cogiéndola una mano.) Hoy quería yo precisamente tomar café contigo, y pasar hablando con mi mujercita el rato de sobremesa. ¿No te sientes bien?

SOFIA. Sí: muchas gracias; pero quería estar sola media hora, y por eso me levanté. Sentía la necesidad interior de

meditar, y, por decirlo así, de hacer exámen de conciencia. Estoy descontenta de mí misma.

D. Felix. Si pudieras moderar esa tendencia que tienes á los celos... ¡Cuán felices seríamos, querida Sofía!

Sofia. Trataré de modificarme, y con tu ayuda lo conseguiré indudablemente. En realidad es ridículo...

D. Felix. Sí por cierto. No debes dudar de mi afecto.

Sofia. Por ejemplo, esta mañana he sido una loca.

D. Felix. No te preocupes más de ello.

Sofia. Eres demasiado bueno: me perdonas ántes que yo misma.

D. Felix. ¿Qué no perdona quien ama?

Sofia. Ahora que me acuerdo.—¿Dónde ha ido tu sobrino?

D. Felix. ¡Pobrecillo! Estará buscando á Enriqueta por toda la ciudad.

Sofia. Y... ¿crees que la podrá encontrar?

D. Felix. Lo deseo con toda mi alma.

Sofia. ¿Dices que lo deseas? ¿Con toda tu alma? ¿De veras? (Dominándose con trabajo.)

D. Felix. Sí por cierto. ¿No lo deseas tú tambien?

Sofia. Sí, tambien siento un gran deseo... ¿Se casará con ella en seguida?

D. Felix. Tan pronto como su padre la permita casarse con él. Será muy feliz, porque es una muchacha muy digna de ser amada.

Sofia. Pues qué, ¿la conoces tú?

D. Felix. Mucho. Durante el invierno pasado estuvo aquí algunas semanas, y entónces la visité diariamente.

Sofia. Diariamente! ¿Pues... cómo?

D. Felix. Mi sobrino me llevaba á casa de su tia.

Sofia. ¿Y dónde estaba yo entónces?...

D. Felix. Recuerda que tenías un catarro que...

Sofia. Sí, ya me acuerdo del catarro: pero ¿por qué no me dijiste nada?

D. Felix. Como á consecuencia del catarro no estabas de muy buen humor, nada te dije. Quizá te hubieras inquietado.

SOFIA. Muchas gracias por la atencion.—¿Es bonita?

D. FELIX. Preciosa.

SOFIA. Hola! ¿conque... preciosa, eh? Y tiene talento?

D. FELIX. Mucho; y ademas tiene una candidez tan infantil...

SOFIA. Me alegro.

D. FELIX. Traerá indudablemente nuevos encantos al círculo de nuestra familia.

SOFIA. Ciertamente.

D. FELIX. Debemos hacer todo lo que nos sea posible para conseguir que nuestro sobrino realice su deseo.

SOFIA. Estoy dispuesta á hacer todo lo que esté en mi mano.

D. FELIX. ¿De veras? Eres la bondad personificada, querida Sofía! Eso me anima á hacerte una proposicion.

SOFIA. ¿Cuál?

D. FELIX. Si Félix encuentra á su novia, no estará bien visto que la visite.

SOFIA. ¿Por qué?

D. FELIX. Porque probablemente vivirá sola.

SOFIA. Ah!

D. FELIX. Y hasta que su padre convenga en la boda pueden pasar algunas semanas.

SOFIA. Indudablemente.

D. FELIX. ¿Qué te parecería el que la permitiéramos venír á vivir en casa? Bajo tu proteccion y á tu lado, podría conservar su buena reputacion; escribiríamos á su padre y todo se arreglaría.

SOFIA. (Conteniéndose apenas.) ¿Y todo se arreglaría, eh? ¡Bonito arreglo!

D. FELIX. ¿Qué quieres decir?...

SOFIA. (Levantándose y dejando de ocultar su cólera.) ¡Que la insolencia de usted no reconoce límites!

D. FELIX. ¿Cómo puedes decir eso, Sofia?

SOFIA. ¿Conque quería usted que yo misma encubriese su libertinaje?

D. FELIX. ¡Ay Dios mío! ¡Una recaida!

SOFIA. Pero esta vez está usted descubierto, completamente descubierto! He conseguido quitarle á usted la careta!

Já! já! já! ¿conque quería usted traer su querida á mi casa para mejor comodidad, eh? ¿Creía usted que yo era ciega?... Felizmente tengo una vista de lince!... Se ha vendido usted! Todo lo comprendo ahora! La carta es para usted! El seductor es usted! El asesino de mi tranquilidad y de mi honra es usted! Y el dia del juicio el condenado será usted! (Váse.)

D. FELIX. (Solo.) Poco me falta ya para tener un infierno en vida, y Dios me perdone, pero creo que el diablo encargado de atormentarme eres tú!

ESCENA XII.

D. FÉLIX, ENRIQUETA y JUAN, por el foro.

ENRIQ. Haga usted el favor de anunciarme.

JUAN. Pero si la señora acaba de decirme terminantemente que no recibe á nadie...

ENRIQ. Es de mucho interés lo que tengo que decirla.

JUAN. Señorita, me echaría de casa si desobedeciera sus órdenes.

ENRIQ. ¡Dios mio! ¿qué he de hacer?—¿Está el señor en casa?

JUAN. Es aquel caballero que está allí sentado. (Váse.)

ENRIQ. Apenas puedo hablar de emocion.—¡Caballero!

D. FELIX. (Volviéndose.) ¿Qué hay?—Cielos! Enriqueta! ¡Usted aquí!

ENRIQ. Me he tomado...

D. FELIX. En mi casa! (Muy apurado.)

ENRIQ. Comprendo que el paso que doy es tan extraño... tan sujeto á malas interpretaciones, que no me sorprende el que le cause á usted admiracion; pero le ruego á usted que no me juzgue ántes de escucharme.

D. FELIX. Ya lo sé. Ha huido usted dé casa de sus padres...

ENRIQ. ¿Lo sabe usted ya?

D. FELIX. (Cada vez más apurado y mirando hácia la puerta por donde se marchó su mujer.) Para impedir la union que...

ENRIQ. ¡Que á pesar de mis ruegos y mi llanto debía realizarse hoy mismo! No me quedaba más recurso que la fu-

ga! La mujer de nuestro administrador tuvo compasion de mí y me acompañó hasta aquí... Ya sabe usted que soy parienta de la señora de Osorio. Pensaba encontrar en su casa un refugio; pero desgraciadamente se marchó hace pocos dias, y la mujer de nuestro administrador tiene que volverse hoy á casa. ¿He de quedarme sola en la fonda? ¡Aprecie usted todo lo penoso de mi situacion!

D. Felix. (Y de la mia!)

Enriq. Conozco bien á mi padre... sé que es bueno y me perdonará... La carta que hoy le he escrito le tranquilizará algo, y estoy segura de que pronto volverá en sí... Reflexionará y no querrá sacrificar á sangre fria la felicidad de su hija única... Me dispensará, volveré á su lado y me permitirá seguir mi inclinacion.

D. Felix. (Si mi mujer viniese ahora...)

Enriq. Su sobrino de usted me ama, yo le correspondo, y buena prueba de ello es la que acabo de dar; pero fuera de él, á nadie conozco aquí más que á usted. Tengo en usted confianza. Preséntenme usted á su esposa, háblele usted por mí, píntele usted mi situacion... y ruéguela usted que me permita quedarme á su lado.

D. Felix. ¿En mi casa? Enriqueta! Ya puede usted comprender cuán grande será el deseo que tengo de sacar á usted de la angustiosa situacion en que se encuentra; pero... en mi casa... es imposible... imposible... hay circunstancias de familia que...

Enriq. Yo las respetaré!

D. Felix. No lo dudo; pero bien sabe Dios que es imposible.

Enriq. (Echándose á llorar.) Dios mio! ¿Qué va á ser de mí!

D. Felix. Llora! Por Dios, Enriqueta, no llore usted! Cálmese usted! (¿Quién resiste ante una mujer que llora?) Tranquilícese usted! Yo lo arreglaré todo; pero déjeme usted reflexionar un instante.

ESCENA XIII.

ENRIQUETA, D. FÉLIX y SOFÍA, en la puerta de la izquierda.

SOFIA. Cielos! Una mujer!

D. FELIX. Buscaré para usted una habitacion cómoda.

SOFIA. (Sí! eh?) (Desde la puerta, escuchando.)

ENRIQ. ¿Y cuál podrá ser más cómoda que esta misma?

SOFIA. (Ninguna, efectivamente!)

D. FELIX. Sin duda, querida niña; pero...

SOFIA. (La llama querida!)

D. FELIX. Las circunstancias de familia á que aludía se refieren á mi mujer... que desgraciadamente es muy celosa. .

SOFIA. (No sin motivo!)

ENRIQ. Bastará conque usted le diga que su sobrino...

D. FELIX. No basta. Su papá de usted me ha escrito una carta...

ENRIQ. Ha escrito...

D. FELIX. Mi mujer la ha leido y se ha puesto fuera de sí. Ha sido inútil que mi sobrino le diera explicaciones; no quiere creernos, ni á él ni á mí.

SOFIA. (Y hago perfectamente.)

ENRIQ. Pues, qué recurso me queda?

D. FELIX. No tenga usted cuidado: buscaré cerca de aquí una habitacion que alquilaré para usted, ignorada de todo el mundo, hasta de mi sobrino, y sobre todo de mi mujer.

SOFIA. (Infame!)

D. FELIX. Y procuraré hacer á usted una visita diaria hasta que...

SOFIA. (Adelantándose y poniéndose entre los dos.) Hasta que yo te coja!

D. FELIX. (Mi mujer! ¡Buena la hemos hecho!)

SOFIA. ¿Por qué no se ha de quedar esta señorita en casa? Sería mucho más cómodo!

D. FELIX. Por Dios, Sofía!

SOFIA. Calle usted, malvado!

ENRIQ. Señora! Tenga usted la bondad...

SOFIA. Mucha necesito tener, señorita, para no llamar á mis

criados y...

D. Felix. Sofía, modera tu lenguaje! Estás hablando á la señorita de Cueto.

Sofia. ¿Señorita? ¿De cuándo acá viven las señoritas en habitaciones alquiladas por hombres casados?

Enriq. Dios mio!

D. Felix. Tu futura sobrina, la novia de Félix...

Sofia. No me vuelva usted á contar esa grosera invencion! ¿Cree usted que no lo sé todo? ¿No me ha hecho usted hace poco la insolente proposicion de traerla á casa? Sin duda lo tenían ustedes ya dispuesto de antemano, y contaban ustedes con mi ceguedad y mi aquiescencia; tanto que ha venido ella ahora para instalarse.

Enriq. ¡Dios mio, qué amargura!

D. Felix. Los criados te podrán decir que preguntó por tí.

Sofia. Sí, eh? pues aquí estoy. Agradezco á usted mucho la visita; pero empiezo á encontrarla un poco larga.

Enriq. No puedo continuar aquí ni un sólo momento más! Me marcho.

D. Felix. Quédese usted, Enriqueta.

Sofia. Eso más! Váyase usted, señorita... Váyase usted ántes de que olvide lo que debo, no á usted, sino á mí misma.

D. Felix. Sea usted prudente! Se quedará.

Sofia. Ni un minnto más!

D. Felix. Un minuto! Una hora! Un dia! Un año! Y si yo quiero se quedará mientras viva!

Sofia. ¿Qué es eso!

Enriq. Por el amor de Dios! Déjeme usted marchar! Yo me muero!

D. Felix. Nada tema usted! Quiero ser el amo en mi casa, y vive Dios que lo seré!

ESCENA XIV.

DICHOS y D. FERNANDO, por el foro.

Fern. (Abriendo la puerta.) Justamente, está aquí!

ENRIQ. Mi padre! (Se desmaya.)

D. FELIX. (Sosteniéndola en sus brazos.) Se ha desmayado! Llamen ustedes! Que traigan agua!

SOFIA. En sus brazos! Y yo presenciándolo! Esto es ya demasiado!

FERN. Hija mia! Enriqueta.—Caballero, si se muere, prendo fuego á esta casa!

D. FELIX. La inesperada presencia de usted la ha sobrecogido tanto!...—Pero ya vuelve en sí.

FERN. Enriqueta!

ENRIQ. Padre mio!

FERN. Querida!...—Ingrata!...—Tesoro mio!...—Abandonar á tu anciano padre!—Felizmente ya te hallé!—Ya sabía yo que te había de encontrar aquí.

SOFIA. Lo sabía! Todo el mundo lo sabía ménos yo! Ah! Infame! Seducir á una hija de familia!

FERN. ¡Por quien soy que lo ha de pagar!

SOFIA. Y estará muy merecido.

D. FELIX. Caballero, usted se equivoca.

FERN. ¿Cree usted que no he leido todas las cartas que usted la escribía?

SOFIA. ¿La escribía? ¿Para qué necesito más pruebas?

ENRIQ. Padre mio, esas cartas...

FERN. Cállate!

D. FELIX. No eran mias.

FERN. ¿Y no ha sido tampoco en brazos de usted donde la he encontrado?

D. FELIX. ¿Quería usted que la dejára caer al suelo?

SOFIA. ¿Y no la quería usted alquilar una habitacion?

D. FELIX. Sí, pero ..

FERN. ¡Vive Dios! Una habitacion para mi hija!

D. FELIX. Sólo hasta que...

SOFIA. ¡Hasta que yo me muriese, eh?

FERN. ¡Necesito una satisfaccion!

D. FELIX. Caballero, usted me cambia con mi sobrino.

SOFIA. ¡Miente usted! ¿No le he oido á usted yo misma decir que su sobrino debía ignorarlo?

D. FELIX. Porque no habría estado bien...

SOFIA. Tambien quería usted visitarla en secreto.

D. FELIX. Para evitar que tu imprudencia...

FERN. ¡Á mí no me engaña usted! ¿Acaso no he leido las cartas de usted? ¿No acabo de encontrar á Enriqueta en su casa? ¿No es todo tan claro como la luz del sol?

D. FELIX. No! no! no!

SOFIA. ¿Se atreve usted á negar aún?

D. FELIX. Sí! sí! sí!

SOFIA. No! no! y no!

FERN. ¿No tengo yo ojos?

SOFIA. ¿No tengo yo oidos?

D. FELIX. Pues si tiene usted oidos escuche usted!

SOFIA. ¡No necesito escuchar más!

FERN. ¡No quiero escuchar más que el ruido de las pistolas!

SOFIA. ¡Voy á buscar un abogado y presentar mi demanda de divorcio!

FERN. ¡No es necesario, porque le voy á matar!

SOFIA. No! no! caballero! Déjeme usted á mí el cuidado de su venganza!—Ah!... Voy á tomar veneno ahora mismo! Quiero que me vea morir! (Váse.)

D. FELIX. ¿Me dejará usted explicarme?

ENRIQ. ¡No es usted sino yo quien debe hablar! Don Félix, déjeme usted tranquilizar á mi padre!

FERN. ¿Era tu fuga un medio para tranquilizarme, ingrata?

ENRIQ. Padre mio, perdon! Fué un momento de alucinamiento! La idea de sujetarme á un yugo odioso y perder para siempre al hombre que amo...

FERN. ¿No te avergüenzas de hablar así? ¡Amar á un hombre casado!

ENRIQ. No, padre! No es éste!

FERN. (Á D. Félix.) ¿No es usted el señor Montalban?

D. FELIX. Sí señor.

FERN. ¿Félix Montalban?

D. FELIX. Sí señor.

FERN. ¿*Tu Félix*!

D. FELIX. ¡Ese no!

FERN. Pues entónces, cuál?

ESCENA XV.

DICHOS, FÉLIX, D. PEDRO, por el foro.

ENRIQ. (Señalando á Félix.) Éste.

FELIX. Cielos! mi Enriqueta! Al fin la encuentro! (Yéndose hácia ella.)

FERN. (Poniéndosele delante.) Calma! calma! caballerito.

FELIX. ¿Quién es usted?

ENRIQ. Es mi padre.

FELIX. ¿Es usted su padre? ¡Oh! Pues entónces hágame usted feliz! Amo apasionadamente á Enriqueta! Concédame usted su mano!

FERN. Entendámonos! ¿Usted quién es?

D. FELIX. Es mi sobrino y pupilo, Félix Montalban. Es doctor en leyes, es rico y de conducta intachable.

PEDRO. Es... *«tu Félix.»*

FERN. Ah!... Eso ya es otra cosa. (Á D. Félix.) Entónces me había equivocado... Ya no nos batimos... En cuanto á ese caballerito, podrá ser rico, y abogado y todo lo que usted quiera, pero de conducta intachable pocas pruebas ha dado. Me ha robado mi hija y... (Mirando á Félix.) nos batiremos.

ENRIQ. Padre mio! Ya sabe usted que su hija nunca ha mentido; pues bien, le aseguro á usted por la memoria de mi querida madre que Félix nada sabía de mi fuga.

FERN. (Sorprendido.) ¿Por la memoria de tu madre? Enriqueta, si acaso invocáras ligeramente una memoria tan sagrada...

ENRIQ. Sería indigna de ser su hija y no lo soy!

FERN. Te creo, te creo. Entónces tú sola eres culpable. (Á Félix.) Entónces... ya no nos batimos.

PEDRO. Y en lugar de batirnos nos abrazamos y hablamos. Tú (Tomando de la mano á Félix.) toma la mano de Enriqueta.

FERN. Eso no, don Pedro; hablaremos, pero no así. Su familia de usted es muy buena y ese caballerito será tambien

muy bueno, y si hubiese conocido á ustedes ántes, ¿quién sabe lo que hubiera pasado? Pero ya es tarde. He dado mi palabra y no la doy dos veces.

ENRIQ. ¿Cómo, padre?

FERN. El novio debe llegar de un momento á otro.

FELIX. Ántes que quitarme mi Enriqueta tendrá que quitarme la vida.

FERN. Puede que lo haga.

ENRIQ. Sólo podría llevarme al altar atada de piés y manos.

FERN. Tambien puede que lo haga.

PEDRO. Me parece que puede usted estar tranquila, señorita. El señor Machaca sólo se casará con usted en el caso de que vuelva sano y salvo de Madrid. Eso al ménos me ha dicho su papá de usted.

FERN. Y lo sostengo.

ENRIQ. Y ese pícaro francés dicen que cura á todo el mundo!

FERN. ¿No deseas la salud de tu prójimo?

ENRIQ. Con toda mi alma; pero...

JUAN. (Entrando.) Ahí está un hombre que quiere hablar con el señor de Cueto.

FERN. ¡Ea! ya llegó el novio. (Á Juan.) ¡Que pase!—Estas gentes de ciudad no creen las cosas si no las tocan y las ven.

ESCENA XVI.

DICHOS, PERICO por el foro.

FERN. ¡Hola, Perico! ¿Qué tal ha ido?

PERICO. Talcualillamente.

FERN. ¿Y tu amo, qué tal está?

PERICO. Ya no le duele nada.

FERN. (Á D. Pedro.) ¿Lo ve usted, hombre descreido?

PEDRO. ¡Sólo eso nos faltaba!

FERN. Vamos: cuenta, cuenta.

PERICO. Cuando fuimos á Madrid, nos fué muy mal.

FERN. Ya lo creo; pero... ¿y en Madrid?

PERICO. En Madrid no estuvimos más que tres dias.

FERN. ¡Es admirable el tal francés! ¿Lo ve usted? (Á D. Pedro.)

PERICO. El primer dia fuimos á ver al médico, que le dió al señor don Anselmo una untura.

FERN. ¿Qué tal le sentó?

PERICO. Muy bien.

FERN. ¿Y el segundo dia?

PERICO. El segundo dia tuvo que venir el médico á casa, porque mi amo se tuvo que acostar.

FERN. ¿Y el tercero?

PERICO. El tercero, se murió.

PEDRO.
D. FELIX. } Já! já! já!
FELIX.

FERN. ¿Que se murió?

PERICO. Sí, señor. Como un bendito. Despues de confesar y comulgar, se entiende.

FERN. ¡Pero si me había dado palabra de venir!

PERICO. Me encargó que le dijera á usted que le dispense, que sentía mucho no poder complacer á usted.

FERN. Eso es muy suyo, porque era todo un caballero! Pero tienes seguridad de que se murió.

PERICO. ¡Ay señor! ¡Sería una gran desgracia si viviera!

FERN. ¿Por qué?

PERICO. ¡Porque le habrian enterrado vivo!

FERN. ¿Tambien enterrado? Pues entónces ya no tiene remedio. Pero lo que es al médico... ¡Me bato con él!

PEDRO. Vaya, don Fernando. ¡Ya ve usted que hasta el cielo le proporciona un medio de reparar el daño!

ENRIQ. ¡Perdóneme usted, papá!

FELIX. Yo no necesito ir primero á Madrid.

D. FELIX. Créame usted. Mi sobrino es todo un buen muchacho.

FERN. (Á Félix despues de una pausa.) ¿Quiere usted venirse á establecer en mi pueblo?

FELIX. Sí, señor.

FERN. ¿Es usted aficionado á la caza?

FELIX. Sí, señor.

FERN. ¿Sabe usted jugar al tresillo?

FELIX. Sí, señor.

FERN. Pues entónces tómela usted. (Toma la mano de su hija y la pone en las de Félix.)

D. FELIX. ¡Gracias á Dios! ¡Ahora se convencerá mi mujer!

PEDRO. ¡Qué! ¿Todavía duda? Pues no dejes escapar esta ocasion sin darla una leccion que se tiene muy merecida.

D. FELIX. Y mucho que la merece.

PEDRO. ¡Pues ahora ó nunca!... Propongo que hoy nos quedemos todos juntos para celebrar el fausto suceso.

FERN. Yo con mucho gusto, si la señora de la casa no se opone.

PEDRO. No señor, no se opondrá, saldrá de su error. Vamos á ver cómo lo arreglamos. (Á su sobrino.) Félix, conduce á nuestros amables huéspedes al comedor, y cuando yo dé tres golpecitos en la puerta, sales del brazo con Enriqueta.

FELIX. ¿Del brazo? Con muchísimo gusto. (Sale por la derecha acompañando á Enriqueta.)

FERN. (Mirándolos salir juntos, y saliendo detrás con Perico.) Parece todo un guapo chico.

ESCENA XVII.

D. FÉLIX, D. PEDRO.

PEDRO. Si cedes ahora, eres hombre al agua.

D. FELIX. ¡No! no cederé; pero ¿qué debo hacer?

PEDRO. Mándala llamar...

D. FELIX. ¿No sería mejor que yo fuera á buscarla?

PEDRO. ¡Dios te libre! Tú eres el ofendido.

D. FELIX. Es verdad, yo soy el ofendido.

PEDRO. Pues si estás convencido de ello, ¿por qué no obras?

D. FELIX. Sí, sí, quiero acabar de una vez. ¡Eh! ¡Juan—ahora verás. (Al criado que entra.)—¡Juan! ruega de mi parte á la señora que tenga la bondad de venir aquí por un momento.

PEDRO. ¡Bonito principio! Juan, dila que el señor manda, ¿entiendes? *manda,* que venga aquí en seguida.

JUAN. Está bien, señorito. (Váse por la izquierda.)

D. FELIX. Hombre, eso es demasiado. Un marido nunca debe ser grosero.

PEDRO. Ordinariamente no; pero sí en ciertos casos de absoluta necesidad.

D. FELIX. (Apurado.) ¿Y crees que este es uno de esos casos?

PEDRO. Já! já! já! Me parece que estás en camino de volverte duro como una roca de mantequilla de Soria.

D. FELIX. No, no! tienes mucha razon. Este es un caso extremo.

JUAN. (Que vuelve.) La señora dice que no puede venir, que está enferma.

D. FELIX. (Á su hermano.) ¿Lo ves? Está enferma. Voy á preguntarla...

PEDRO. Quieto! No te muevas. (Se oye un campanillazo.)

D. FELIX. ¿Has oido? Sin duda llama.

PEDRO. Déjala que llame.

JUAN. Voy á avisar á la doncella.

PEDRO. No avises á nadie. (Se oye otro campanillazo más fuerte.)

D. FELIX. Vuelve á llamar! Hombre, yo no puedo dejarla morirse sin auxilio.

PEDRO. No se morirá, hombre! No se morirá!

D. FELIX. Al ménos Juan podría ir...

PEDRO. Juan debe quedarse quieto. (Bajo.) (Tu honor, tu tranquilidad, todo depende de tu energía!)

D. FELIX. Tienes razon. (Se oyen tres ó cuatro campanillazos seguidos, á cual más fuerte.) Cada vez llama con más fuerza.

PEDRO. No importa. Ahora vendrá ella misma. Oyes? Da un portazo al cerrar su cuarto.

D. FELIX. No te vayas, eh?

PEDRO. No me iré, no, porque ya veo que necesitas un ayudante.—Juan, márchate. (El criado sale.)

D. FELIX. Te confieso que siento cierto temblor...

PEDRO. ¡Vencer ó morir!

D. FELIX. (Reponiéndose.) ¡Vencer ó morir!

ESCENA XVIII.

DICHOS, DOÑA SOFÍA, por la izquierda.

SOFIA. Pensaba, caballero, que aún tendría usted un poco, sino de amor, de compasion hácia mí, que habría usted tratado de aliviar mis padecimientos; pero veo claramente que no le inspiro más que indiferencia. Su corazon ya no me pertenece. (Agitándose.) Otra me le ha robado y... (Con calma y resignacion.) me resigno... Usted desea perderme de vista y yo me adelanto á sus deseos. —Sí! me marcho! me marcho de esta casa.

D. FELIX. ¿Por qué? Tenemos convidados, querida, y espero que harás los honores con la gracia que los has hecho en otras ocasiones.

SOFIA. No añada usted la burla á... ¿Quiere usted exhibirme con los ojos llenos de lágrimas?

D. FELIX. Sí señora, lo quiero.

PEDRO. (Bajo.) (Bien dicho!)

SOFIA. Tendré que estar amable con esa... señorita?

D. FELIX. Sí, señora, tendrá usted que estarlo.

PEDRO. (Bajo.) (Perfectamente.)

SOFIA. ¡En qué tono me habla usted!—Lo que haré será irme al momento.

PEDRO. (Bajo.) (Dila que lo haga.)

D. FELIX. (Violentándose.) Cuando usted guste, señora.

SOFIA. Si, eh?—Eso es lo que usted querría para poder entregarse libremente á su desenfreno; pero no quiero marcharme y me quedaré!

D. FELIX. (Encogiéndose de hombros.) Pues quédese usted.

SOFIA. Soy la señora y quiero mandar en mi casa!

D. FELIX. Eso no será hasta que pueda usted mandar en sí misma; entre tanto me permitirá usted que quien mande en casa sea yo! (Á D. Pedro, bajo.) (¿Qué te parece?)

PEDRO. (Muy bien! muy bien!)

SOFIA. ¿Estoy soñando! Se atreve á decirme?...

D. FELIX. ¿Por qué no? Bastante tiempo he estado permitiendo

que usted me dijera las cosas mas importunas. Ahora estoy irrevocablemente decidido á mandar, y mandaré!

SOFIA. Pues no conseguirá usted imponérseme! Sé cuáles son mis derechos. Cerraré la puerta de mi casa y no permitiré la entrada á ningun convidado.

D. FELIX. Pues yo la mandaré abrir y convidaré á todos mis conocidos, y daré bailes y comidas en mi casa. Todo el mundo vendrá aquí y yo iré á casa de todo el mundo. No quiero seguir siendo un esclavo!

PEDRO. (Bajo.) (¡Bravísimo!)

SOFIA. Esto ya es demasiado!—Oiga usted...

D. FELIX. No quiero oir nada!

SOFIA. Debo decir á usted...

D. FELIX. Usted no debe decir nada!

SOFIA. ¿Cómo es eso? ¿No quiere usted dejarme... ni hablar?

D. FELIX. Hasta que no se haya vuelto prudente, no! Ni una palabra!

SOFIA Dios mio! No puedo más! Yo me desmayo!

D. FELIX. (Pedro! Que se desmaya!

PEDRO. No te acerques á ella ó todo se ha perdido.)

SOFIA. (Con voz muy débil ya.) ¿Será usted tan cruel que me vea morir sin apiadarse?

D. FELIX. Si se muere usted será por culpa suya.

SOFIA. (Incorporándose y con voz fuerte.) ¡Cruel!

D. FELIX. ¿Ha mudado usted de opinion? ¿Ya no se desmaya usted?

SOFIA. (Llorando.) Aún se burla usted? Yo me vengaré!

D. FELIX. Já! já! já!

SOFIA. Las leyes me ampararán.

D. FELIX. Já! já! já!

SOFIA. Injuriada! despreciada! (Cae en un sillon.) Esto es superior á mis fuerzas!

D. FELIX. (¿Es bastante?

PEDRO. Me parece que sí.

D. FELIX. Creo que ya perderá la costumbre de desmayarse; pero las lágrimas, Pedro... las lágrimas...

PEDRO. Ten valor algunos minutos todavia.)

SOFIA. (Sollozando.) Es posible que... yo me haya excedido; pero despreciarme... rechazarme...

D. FELIX. (Pedro! ya me parece bastante, déjame consolarla.

PEDRO. Ahora el golpe de efecto.) (Dando tres golpecitos en la puerta.) Hijos mios, venid!

ESCENA XIX.

LOS DICHOS, D. FERNANDO, FÉLIX y ENRIQUETA del brazo, todos por la derecha.

PEDRO. Ahora, señora cuñada, si todavía no se avergüenza usted...

SOFIA. (Admirada.) ¿Qué veo?

PEDRO. Dos novios.

FERN. Sí señora. Los dos estábamos equivocados. Su esposo de usted es inocente.

SOFIA. ¡Inocente! Es posible! Y yo...

D. FELIX. ¿Y tú?...

SOFIA. (Avergonzada, juntando las manos y en ademan de ruego.) ¡Félix!

D. FELIX. (Abriendo los brazos.) ¿Interpreto bien tus deseos?

SOFIA. No en tus brazos, á tus plantas. (Quiere arrojarse á sus piés.)

D. FELIX. No, en mis brazos. (La abraza.)

SOFIA. Arrepentida... Convertida...

PEDRO. El arrepentimiento ya lo vemos, pero la conversion ¿durará mucho?

SOFIA. Tanto como mi vida.

D. FELIX. ¡Entónces volverás á ser el encanto de la mia!

SOFIA. (Á los novios.) Y... se marchan ustedes pronto?

FELIX. Sí, tia, inmediatamente.

SOFIA. Eso es... eso es... No podeis figuraros cuánto me alegro de vuestra felicidad. (Lejos están mejor.)

FIN DE LA COMEDIA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

ombrero blanco..................	1	Virto y Sedo.	L. y M.
rra al extranjero................	1	M. Cano y Cueto................	Libro.
echarlas de Tenorio.............	1	N. Fernandez..................	Música
dan casos......................	1	M. Pina Dominguez.............	Libro.
recacion refundida..............	3	J. Rogel..	Música

DVERTENCIA. Han dejado de pertenecer á esta ADMINISTRACION, las comedias *iton*, *El proscrito*, *Las campanillas* y *Viva España*, en un acto; *Bernardo el esero*, *La verdadera Carmañola*, *Los amigos de los pobres* y *Los aventure-*, en tres actos, y la mitad del libreto de *Las cartas de Rosalia* y *Pablo y ginia*, zarzuelas en un acto.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la **Administracion lirico-dramática.**

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.